

jimos, virtud impulsadora, en primer término, del descubrimiento de América.

¿Cuando llegará el espíritu yanqui a decidirse a sus empresas impulsado por el verdadero espíritu apostólico que inspira las empresas católicas? ¿Hay tanta distancia del ansia de negocios lucrativos al sacrificio de los propios bienes con tal de salvar almas! Las minas de oro, los yacimientos petrolíferos, las estaciones carboníferas, los grandes bosques de finas maderas, todo cuanto supone ganancia terrena es lo que mueve hoy a la gran nación de Norte América y a sus similares a emprender sus *hazañas*, de las cuales no pocas execrará la Historia; mientras que Isabel la Católica, el más excelso jefe de Estado que ha tenido el mundo, emprendió la obra del descubrimiento del Nuevo Mundo, dispuesta a vender sus propias alhajas, si no hallara a la mano otros recursos. La Pinta, la Niña y la Santa María son la más excelsa gloria de la Marina del mundo, ni escuadra que más haya conquistado, ni expedición que se inspirara, desde los argonautas hasta hoy, en sus más bellos ideales, ni hazaña de hombres que reportara más beneficios a la humanidad. Yo me atrevería a ofrecer a Mr. Harding estas sencillísimas consideraciones, no para que las aprendiera, él las sabe muy bien, más para que considerara el camino que ha de recorrer la gran república que preside, si ha de cumplir ese destino de ser directora de naciones y cabeza del mundo; mientras el espíritu que informe a los americanos sea el de Isabel de Inglaterra, toda su soberanía sucumbirá, como los herederos de Washington ven que sucumbe la gloria de su principal progenitora. Lo que dista Isabel la Católica a la de Inglaterra, eso distan los Estados Unidos de América de tener capacidad para dirigir los destinos del mundo.

Y porque así lo creemos no dudamos que nuestra España está más apta hoy para cumplir ese fin que la próspera república americana, sin que en buena lógica se pueda objetar que España necesita de la marina de guerra y mercante de que disponen los E. E. U. U.; pues no se trata de conquistar, no hablamos de imposición alguna de la fuerza, la empresa que más nos ocupa es fundamentalmente de amor, de purísimo amor, de amor tan insólito que solamente el solar español lo puede sentir, como padre, y las naciones hispano americana, como hijas de este noble pueblo el más glorioso de la tierra en todos los siglos.

Mr. Harding, nuevo presidente de la república americana, ha dicho que para cumplir como debe las obligaciones que le impone su cargo se esforzará en seguir en todos sus puntos los preceptos divinos ¿Por qué camino? ¿por el que ya conocemos trazado por el protestantismo o por el único verdadero de la civilización integral, que es el enseñado por la Iglesia Católica? El primero arrastró a las naciones a la hecatombe que dió comienzo en el 1914 y que nadie sabe cuando ni cómo acabará; el segundo camino para seguir los preceptos divinos es el que se ha desconocido por los factores del Tratado de Versalles que Mr. Harding condena como falto de espíritu religioso y así es en efecto, no porque esté falto de espíritu protestante, más porque en él no fué para nada tenida en cuenta la actuación de la conciencia católica. Por último, el primer ciudadano de los E. E. U. U., que se siente Augusto, cuando menos, habla a la vez de construir la mayor escuadra del mundo y de ocupar su puesto en una bienhechora asociación, que tendrá por fin el establecimiento de la paz. *Si vis pacem para bellum*; mas no ambiciones ni codicies. Sé fuerte, bien está, y serás respetado, pero si buscas la fuerza para levantarte soberbio sobre los demás y para extender soberanamente la garra y hacerte dueño de lo que no te pertenece ¿para qué esa sobenaranía nacional la más preciada de todas las aspiraciones del pueblo yanqui? No es en protestante como se conquista para una gran na-